Como un ajuste de cuentas. Este ha sido el planteamiento del autor de este original ensayo en el que, con la precisión de un bisturí, ha tratado de diseccionar las constantes filosóficas que se esconden detrás de la obra de uno de los cómicos más relevantes del último tercio del siglo XX. Casi desde sus primeras páginas la reflexión de Vittorio Hösle está planteada como un reto, como una reparación necesaria. La filosofía, concentrada en analizar y pensar conceptos sesudos y trascendentes, ha obviado aquellas otras categorías de índole, aparentemente, más liviana. Frente a la belleza y lo sublime, frente al terror y la complacencia estética, lo cómico ha quedado relegado, salvo raras excepciones, a un segundo plano en el campo de la reflexión. Y es ahí, en la novedad del punto de vista, donde se manifiesta uno de los principales atractivos de este libro. El cine es un territorio a menudo hollado desde los ámbitos más diversos, la antropología, la historia del arte, la economía, la lingüística e incluso desde la propia filosofía, sin embargo, nadie hasta ahora se había atrevido a acercarse a la realidad filosófica más profunda que quedaba oculta tras los juegos malabares que Woody Allen realiza con las palabras. Con este breve ensayo, Hösle se plantea la tarea de enunciar la, para él evidente, «filosofía» que se esconde tras el humor de este singular personaje de la cultura norteamericana contemporánea más reciente. No descubrimos nada si afirmamos que el universo creado por este «autor cinematográfico» ha sido objeto, en especial en las últimas décadas, de una atención historiográfica que muy pocos realizadores han alcanzado en vida. Allen no sólo es un buen actor cómico, también es un buen autor, y un magnífico guionista y director de cine. Prueba de ello es que en el mercado editorial español, en estos años, no sólo han visto la luz las lecturas de diversos estudiosos en torno a la obra cinematográfica de Allen, sino que, casi desde el inicio de su carrera a principios de los setenta, ha sido también frecuente la publicación de sus guiones, cuentos y obras de teatro, ofreciendo la oportunidad al lector de completar todo el entramado literario que ha generado este prolífico y esencial creador neoyorkino.

Vittorio Hösle, profesor de la Universidad de Notre Dame en Indiana, considera el humor practicado por Allen como un verdadero desafío filosófico. Para este autor, nadie más que Woody Allen puede reclamar el mérito de haber hecho reír a un determinado sector del público cinematográfico del siglo XX. Su capacidad para conectar con la sensibilidad de un sector importante de los espectadores, especialmente el europeo, hace de su obra cinematográfica un «cadáver exquisito» donde se lleva a cabo la vivisección de las preocupaciones, de las actitudes e inquietudes vitales, y de las expectativas de la sociedad finisecular occidental.

La Alta Filosofía, sostiene Hösle, ha marginado la risa. Lo cómico, como potencial categoría filosófica, como categoría cargada de razón, se ha despreciado por considerarla una triste pompa de jabón desesperada en el universo de los grandes interrogantes que atormentan al hombre contemporáneo. De ahí su deseo de hacer justicia a través de este ameno ensayo en torno a un director cinematográfico que, pese a haber realizado incursiones en el campo del drama (baste recordar su homenaje al cine de Bergman, en *Interiores*), se ha caracterizado por la brillantez alcanzada en el género de la comedia. Ambicioso en su declaración de principios con sus reflexiones sobre el cineasta americano, el autor ha pretendido en la obra «arrojar luz sobre el fenómeno de la comicidad en general». Por esta razón su elección de Allen no es arbitraria.

Como actor ha logrado construir un determinado tipo de héroe cómico. Al espectador no le importa la versatilidad de Allen para encarnar un amplio registro interpretativo, sino su capacidad de mantenerse esencialmente fiel a su «yo» fílmico incluso en aquellas películas en las que no figura en el reparto y otros actores asumen sus personajes, como le ocurrió a Kenneth Branagh en *Celebrity*. La filosofía estaría interesada en averiguar los rasgos comunes que conforman el perfil más profundo presente en todas y cada unas de sus múltiples encarnaciones cinematográficas. Pero además el interés que despierta el realizador norteamericano en Vittorio Hösle se justifica por el papel relevante que las cuestiones filosóficas siempre han tenido en su filmografía. Esa constante del cine de Allen

se ha manifestado no sólo en las continuas alusiones a problemas filosóficos en sus juegos de palabras y chistes, sino que la estructura narrativa de sus películas está impregnada, incluso mediatizada, por cuestiones que, desde los tiempos más remotos, han ocupado las reflexiones llevadas a cabo desde el campo de la filosofía. El problema del amor y la muerte, o temas como el de la identidad, la ausencia de un concepto de realidad fáctica, las ambiguas relaciones de la realidad y la moral con el arte, la validez objetiva de la moral y el poder del mal han vertebrado algunas de sus historias más conocidas. El autor de esta «Filosofía del humor» se pregunta las razones por las cuales Woody Allen ha conectado con los espectadores de su tiempo, siendo capaz de desbordar la sonrisa con un humor de corte intelectual, lleno de referencias y guiños al arte, la literatura o la filosofía. En ese sentido, para Hösle la visión filosófica presente en las películas de Allen se corresponde con exactitud con la situación en la que se encuentra inmersa la filosofía desde finales del siglo XX, una situación en la que «el concepto de libertad del existencialismo francés y su ateísmo de motivaciones éticas se han vuelto profundamente problemáticos, porque parecen socavar toda fe en una ética objetiva». Según Hösle, la modernidad, de alguna manera, vendió al hombre contemporáneo, en un tono triunfante y optimista, la alegría de un paraíso moral desacralizado que, a la postre, ha terminado por degenerar en un clima de perplejidad y desasosiego. La gran ciudad, Nueva York, la fascinante y amada metrópolis de los films de Woody Allen, es el escenario donde se manifiestan todas esas contradicciones, el lugar donde los individuos tienen que luchar para mantenerse fieles a sí mismos en un espacio siempre cambiante, siempre inestable. En un *travelling* fascinado, la ciudad de Allen se nos despliega como caverna protectora frente al violento y brutal espectáculo de la naturaleza vista de cerca, pero al mismo tiempo como madrastra omnipresente creadora de espectros arquitectónicos, visuales, humanos. Lo paradójico es que el suelo que cimenta las bellas estructuras de cristal y acero de los rascacielos es, al tiempo, el lugar confortable para que se cultiven los monstruos que amenazan con devorar al hombre moderno. «Las películas de Allen recogen este ambiente, por supuesto, sin estar en condiciones ni tener voluntad de ofrecer una solución positiva». Su refugio es el humor, la ironía, ese instrumento que tanto alabaron los pensadores románticos y que les permitía distanciarse de la realidad. El director y sus diversas encarnaciones fílmicas expresan su inseguridad en esa atmósfera pero no tiene respuestas, sólo dudas e interrogantes. Sus héroes se ven forzados a ser ellos mismos, aceptando para ello sus propias excentricidades. En este caso, para Allen hacer de la vida una sucesión de bromas engarzadas es tan sólo un mecanismo de defensa. Esa búsqueda existencialista de la autenticidad, cuya representación más atormentada está representada por Leonard Zelig, persigue llenar los vacíos inherentes al hombre moderno que, para Woody Allen, sólo pueden ser colmados por el arte, la moral y, con restricciones, por la religión. Sin ellas las personas auténticas están condenadas al fracaso, sin estos asideros el hombre moderno se vería abocado a deambular, sin rumbo, por un existencia fútil, sin sentido. Sin embargo, según Hösle, Allen sorprende porque pudiendo, como artista, colocar al arte en un lugar privilegiado se mantiene escéptico ante las posibilidades que éste tiene de redimirnos o consolarnos porque, para él, la existencia humana es tan frágil y volátil como el nitrato de celulosa sobre el que dibuja sus obras. Condenados irremediablemente a la desaparición, de nada nos sirve el arte ante la muerte. Moriremos y nos disolveremos en la nada. Es triste, pero es la verdad, y ante esa realidad espeluznante, el personaje de Allen vive asediado por enfermedades imaginarias, por los efectos ineludibles del paso del tiempo sobre las capacidades físicas de los seres humanos, por la lenta, pero inevitable, digestión del tiempo. Sin asideros, y sin la esperanza de encontrar la luz blanca al final del túnel, Allen, el agnóstico, el histriónico, el apesadumbrado por el peso de la duda, sólo nos da un mensaje que es profundamente ético, un mensaje que aboga por ser moral incluso en el caso de que no exista Dios.

GONZALO M. PAVÉS BORGES